y alzando los ojos al cielo, esclamó: Dios mio! De aquí para adelante, dejo allà muy léjos de mí, en el palacio de Versalles, toda mi ambicion, todos mis culpables deseos, todas mis locas esperanzas: sí, ahora ya soy digna de vos: caminemos juntos, Dios mio! y conducidme á las Carmelitas!

Digais lo que dijereis, Celimenes, la Señorita de Lavallière fué todo el encanto, toda la gracia, todo el sentimiento, toda la poesía de los amores de Luis XIV: tened piedad de una santa jóven que ha llevado treinta años, con una fé y una resignacion sublimes, el sobrenombre de Sor Luisa de la Misericordia.

—*El Marqués.*—Que vuestra justicia distributiva, ¡oh benignos jueces del gran siglo y del gran rey, se digne estenderse hasta la persona calumniada del duque de Lauzun, de espiritual y galante memoria! ¿habeis olvidado lo que era verdaderamente el feliz duque de Lauzun? Era el talento, la galantería, el amor, la audacia, la disipacion, la locura, bajo el disfraz del mas hermoso gentil-hombre de Francia y de Navarra. Hé ahí mas de lo que se necesitaba en nuestro tiempo, para merecer la estimacion de los hombres y la dulce adoracion de las mugeres. Es verdad que el duque de Lauzun no supo aprovechar ni sus cualidades, ni sus defectos, ni nada de lo que él llamaba su pequeño mérito: abusó de su belleza para venir á ser un corredor de callejuelas, un aventurero de retrete; de su verba festiva, para ser un fastidioso hablador; de su patrimonio, para ser un jugador y un pródigo; de su temeridad, para ser un infatigable espadachin; de su galantería, para provocar un escàndalo real, viniendo á ser el adorador, el amante, el señor y casi el marido de la gran *Señorita.*

Hé ahì un hombre de buena fortuna que sabe atacar y reducir á una muger; comprometerla, amarla y abandonarla: volver á seducirla, acabar con ella como ha comenzado, y decirle adios, como le ha dicho buenos dias... riéndose! M. de Lauzun es acaso, despues de M. de Bassompierre, el héroe galante del siglo XVII, que ha sabido marchar mas fina y audazmente en el dominio difícil del *mapa de lo tierno;* él realizaba admirablemente esta bonita espresion de M. de Villarcaux: Querido mio, yo trabajo mucho por causa de las damas!.... Le debeis vuestra simpatía, vuestra admiracion y vuestro respeto, Celimenes: en la historia de la corte de Versalles, representa M. de Lauzun á la coquetería.... entre los hombres!

—*Arsinoe.*—Os pido á mi vez un poco de honradez y de indulgencia para la vida de Madama la marquesa de Maintenon. Ciertamente la última amiga de Luis XIV era una muger bella, imponente....

—*Celimenes.*—Pretensiosa y estirada.

—*Arsinoe.*—Era buena, virtuosa.....

—*Celimenes.*—Y gazmoña.

—*Arsinoe.*—Era una cristiana á prueba.....

—*Celimenes.*—Y una beata insoportable.

—*Arsinoe.*—Era caritativa en público.....

—*Celimenes.*—Y avara en secreto.

—*Arsinoe.*—Era justa, severa.....

—*Celimenes.*—Y envidiosa.

—*Arsinoe.*—Ella ha inspirado la poesìa sagrada de Esther à Racine...

—*Celimenes.*—Y la prosa sangrienta de las persecuciones religiosas á Luis XIV.

—*Arsinoe.*—Se le debe la casa de Saint-Cyr.....

—*Celimenes.*—Y las dragonadas.

—*Arsinoe.*—Entre nosotros, Madama, se necesitaba algun mérito, algun talento y aun algun genio, para hacer de la Señorita Francisca de Aubigné la compañera, la muger legìtima del rey de Francia. Ved de qué dependen las grandes cosas, los grandes destinos de la tierra: gracias á su pobreza, la Señorita de Aubigné se casó con un hombre de poco ingenio, literato ménos que mediano, el poeta Scarron; la recien casada escribió, á propósito de su matrimonio: «es una union en que el corazon tiene poca parte, y el cuerpo ninguna."

En 1660, por el recuerdo poético de su marido, recibió la viuda de Scarron una pension literaria de Luis XIV.

En 1669 fué encargada de la educacion secreta de los hijos de Madama de Montespan y del rey.

En 1674 fué nombrada marquesa de Maintenon.

En 1685, la Señorita Francisca de Aubigné viene á ser reina de Francia! Juzgad ahora del mérito de esa muger que habeis desdeñado.

—*Celimenes.*—Todo esto es bello, sin duda; pero ¿os acordais de las escenas escandalosas ocurridas en los funerales de Luis XIV?.....Blasfemos y sediciosos fueron arrestados por la policía y ecsaminados por un juez especial: uno de ellos, el mas notable entre la multitud, por la vivacidad de su lenguage y el cinismo de sus injurias, preguntado por el magistrado sobre los motivos que tenia para ultrajar la memoria del gran rey, respondió en el acto: «en mi calidad de gentil-hombre, no es al rey de Francia á quien he querido ultrajar; es al marido de Francisca de Aubigné, marquesa de Maintenon."—Nada peor puedo deciros sobre vuestra antigua protectora.

—*Philinte.*—En verdad, mis buenos amigos de corte, que habeis hablado de los héroes célebres, de los grandes señores enamorados, de las coquetas, de los favoritos, de los poetas y de los sabios del siglo de Luis XIV; pero, segun me parece, habeis olvidado pronunciar en unas cuantas palabras, la oracion fúnebre de los cortesanos, de los verdaderos cortesanos de Versalles. El cortesano acabado del gran rey, eraun gentil-hombre degenerado del reinado de Luis XIII, el fantasma, la sombra de esa poderosa nobleza de Francia, que la política de Richelieu sangró sobre el cadalso de Cinq-Mars y Montmorency. El cortesano de Luis XIV no tenia ni orgullo, ni poder, ni ambicion; le bastaba el deseo de ser feliz, el derecho de no hacer nada y la fuerza de dejarse vivir. Montmorency no era mas que un ayuda de cámara del rey, á quien no inquietaba ni el pasado ni el porveuir, y que solo pensaba en el presente: como nada tenia que hacer por la gloria, contentábase con el bienestar, el reposo y el placer tranquilo: Montmorency no era mas que un egoista.

El cortesano de Luis XIV era capaz de todo, hasta de un poco de ingenio y de valor, si mediaba el mezquino interes de su persona: era un criado capaz de verdadera adhesion á su amo, si por ella esperaba alcanzar alguna cosa: con tal de obtener una sonrisa y un poco de dinero de Luis XIV, se burlaba de todo el mundo: la prueba de que era un egoista, es que se tomaba el trabajo poco costoso de ser el hombre mas culto de Francia.

—*Alcestes.*—Ah! Philinte, Philinte, me recordais con tristeza esta frase de Labruyère: «la corte es un edificio de màrmol, quiero decir; se compone de hombres duros y pulidos."

—*Philinte.*—Tenia razon Labruyère: continuó. En la vejez del gran rey, la corrupcion del cortesano preparó los desórdenes de la regencia; fuimos á las tabernas para espiar la templanza hipócrita de la corte de Versalles. Arruinada por el lujo, la disipacion y los vicios ocultos, entregó el cortesano de Luis XIV la Francia entera á los agiotistas, à los usureros, á los financieros, à los recaudadores, à los tratantes, con la esperanza de hacer entrar á su cofre un hilo de oro del océano de las riquezas públicas: Montmorency se hizo íntimo amigo de Turcant. Toda oportunidad era buena al cortesano de Versalles para pedir, para recibir y para coger; no le causaba el mas leve temor el tráfico de las almas y de los cuerpos, y decia alegremente al lado de las ruinas que comenzaban á aparecer como signos de destruccion del reinado de Versalles: «¿qué importa, con tal que esto dure tanto como yo?"

Esta era tambien mi opinion, señores, y se me ha asegurado que el sucesor de mi señor, S. M. Luis XV el muy amado, pensaba con corta diferencia, lo mismo que el cortesano de Luis XIV. Bendito sea Dios! la Francia ha durado tanto como nosotros y como Luis XV.

Este, que no se halla muy distante, ha debido percibir las últimas palabras de Philinte, y me imagino que se ha dignado responder de este modo á ese miserable egoista: Sí, teneis razon; yo decia, estando sobre el trono de Francia; ¿qué importa, con tal que esto dure tanto como yo? Cuando succedí á mi augusto bisabuelo, no pensé en formar un reinado bastante grande para el palacio de Versalles, sino en acomodar el palacio de Versalles á mi pequeño reinado: ¡ocupan tan poco lugar los amores!

Se me reprocha haber instalado en el palacio de Versalles á Madamas de Châteauroux, de Pompadour y de Barry; ¿pero, en verdad, que estas tres reinas del placer y del amor, no merecian ser honradas con reemplazar sobre el trono de Francia á Madamas de Fontanges, de Montespan y de Maintenon?

Se me ha reprochado toda mi vida, ¿y por qué no se ha dicho nada de mi muerte que fué edificante? Al sentirme morir yo murmuraba: «me pesa de haber dado escándalo à mis sùbditos; quiero vivir todavía para ser el sosten de la religion, y hacer la felicidad de mis pueblos!"—Era demasiado tarde; yo morí, sintiendo no poder faltar à la promesa que acababa de hacer.

¿Qué es, pues, lo que me hace presentarme de nuevo en el palacio de Versalles? No sé por qué, ni como cuanto veo y cuanto digo me fastidia, me entristece y me espanta: tengo miedo de encontrar en esta residencia real á mi bisabuelo Luis XIV y á mi nieto Luis XVI: tengo miedo de volver á encontrar á mi antiguo ministro el cardenal de Fleury, y sobre todo, de volver á ver á María Leczinska, esa pobre reina de Francia, que sin duda es ménos indulgente que Dios: ella nada me ha perdonado, sin embargo de que mucho amé! Os dejo en Versalles, señores, y me voy à alimentar con recuerdos y pesares, à la sombra y en el misterio del Parque de los Ciervos. No olvideis que gané la batalla de Fontenoy. Adios; pido al cielo que os conserve en su santa guarda.

Si Alcestes y sus amigos continúan paseàndose, hablando de los tiempos pasados, en las salas y galerías del palacio de Versalles, se detendrán seguramente ante una recámara pequeña, un poco sombrìa, triste y misteriosa: es la recámara de una reina de Francia, que murió en el cadalso.

Ah! podria esclamar à su vez María Antonieta, dirigiéndose á esos personages del siglo XVII que hablaban con nosotros hace poco; «yo tambien brillé y reiné en el palacio de Versalles, en la corte de Luis XVI, mi augusto esposo. Pero este vasto y magnífico palacio me daba miedo, y sin querer abandonarlo para siempre, lo dejaba con cuanta frecuencia podia. S. M. Luis XIV lo habia hecho demasiado espléndido para mi modestia; S. M. Luis XV lo habia convertido en demasiado equívoco para mi virtud. Yo estaba contenta y me consideraba como en mi casa, en la simple y bonita residencia de Trianon, no en el gran Trianon de Luis XIV, sino en el Trianon pequeño que Luis XVI me regaló. El gran Trianon ha olvidado acaso à Luis XIV; pero me parece que el pequeño aún se acuerda de María Antonieta.

Yo me creía casi feliz en este pequeño pabellon, en estos jardincitos, modelos de elegancia y de gusto; yo, reina de Francia, disfrazada con el trage

de una lechera, me consideraba en ese corto lago que conducia á un molino y á una lecherìa pequeños: qué de veces, Dios mio! me he asemejado á la *Perette* de la fábula, y como he soñado despierta las cosas mas bellas del mundo, llevando el tarro de leche sobre mi cabeza!.... El tarro de leche de María Antonieta era una corona, y el rayo revolucionario debia llevarse del mismo golpe y con igual estrépito, la vasija de leche de *Perette*, y la cabeza de la reina de Francia! Cosa bien terrible y estraña; yo me empeñé una vez en plantar un pobre árbol en la real tierra de Trianon, y este árbol..... era un sauce lloron!

Todavía veo por esa ventana entreabierta, el bosque del pequeño parque donde se representó, contra el honor de la iglesia y de la autoridad, la co-

media del *Collar de la reina.* El cardenal de Rohan, gran limosnero de Francia, se dejó burlar, á espensas mias, por dos mugeres intrigantes, la Señorita de Oliva y Madama Lamotte. La Señorita de Oliva, que era muy parecida á mí, se atrevió à tomar mi nombre y mi corona, para engañar al pobre y audaz cardenal: la nueva María Antonieta dió una cita á monseñor de Rohan, para el pequeño parque de Versalles: allí le presentó una rosa que se le habia prometido de mi parte, y el gran limosnero, persuadido de que hablaba con la reina de Francia, consintió en entregar el famoso *collar* á la Señorita de Oliva y á Madama de Lamotte. Se me asegura que el charlatan Cagliostro fué quien dirigió esa espantosa é increible intriga, que tanto mal me hizo.

En aquel tiempo era yo una soberana jóven todavía, hermosa, viva, pródiga y coqueta; mandaba á las mugeres por la autoridad de mi talento, á los hombres por la de mis encantos, y à todo el mundo por la de mi grandeza: disponia á mi arbitrio de los tesoros del Estado, de la influencia del trono, de todos los mágicos recursos del poder supremo, y mi voz sola obraba prodigios. Pero ah! María Antonieta tenia que decir y que hacer mucho para parecerse del todo á una francesa: la *austriaca,* como se me llamaba ya en los arrabales de Paris, aun se acordaba de su verdadera patria, de la patria de su infancia y de su juventud. ¿Y no tenia yo razon? El país que se ha visto desde el fondo de la cuna al abrir por primera vez los ojos á la luz del sol: el paìs en que hemos crecido, jugado con las flores y pronunciado nuestra primera oracion ante Dios; el país en que nuestra boca ha comenzado á hablar, nuestro espíritu á comprender y nuestro corazon á latir, no es siempre para nosotros el país mas poético y mas admirable de este mundo? Muchas veces la reina de Francia recordaba con pesar la Alemania, la Austria, Viena, las floridas sombras del Prater y los vapores misteriosos del Danubio: sola, con los ojos fijos sobre retratos de familia, poniendo la mano en una corona que pesaba mucho sobre mi cabeza, me entregaba á esos pesares impacientes, á esas quejas de la memoria, á esos latidos del corazon tan crueles y tan dulces, que se llaman el mal del país; entónces olvidaba mi patria adoptiva, y para curarme de este punzante mal, buscaba, adoraba, protegia á mi placer las modas, las maneras, el lenguage, los arbustos, los libros, los cuadros, la música de mi primera patria, todo aquello que me traía una cinta, un alfiler, una flor, una página, un rasgo, una nota, una nada de mi querida y feliz Alemania!

Un dia quise tener un clave de Viena, y á poco recibí en mi habitacion de Versalles, un clave magnífico, sacado, por complacerme, de entre los muebles suntuosos de mi residencia imperial, resolvì no cantar, acompañada de este precioso instrumento, mas que elegías alemanas, y para que

ninguna gloria faltara à la inauguracion del clave real, me digné pedir á la corte de Francia un músico de quien habia yo sido discípula, un hombre de genio, compositor de obras clásicas, un ilustre aleman que se llamaba el caballero Gluck. Mi piano y mi maestro de música me acarrearon mas enemistades, injurias y odios, que todas las faltas que se han reprochado al corazon y á la cabeza de la reina de Francia: la corte y la ciudad hicieron la oposicion à la alumna del caballero Gluck, alabando, admirando y arrullando las lánguidas melodìas del italiano Piccini.

Pronto cesaron las voces de mi piano! y fueron reemplazadas por la elocuencia popular de Mirabeau, por las vociferaciones de la multitud, por la descarga de los fusiles de la guardia nacional, por la voz de M. de La Fayette, por los estribillos y los gritos monárquicos de esos desgraciados guardias de corps, que creían todavia que todo acababa en Francia por canciones. Sí, yo me arrepiento de haber provocado, de haber alentado con el gesto y la mirada á los últimos defensores del trono de María Antonieta: perdonadme, Dios mio! en mi juventud imperial nadie me habia enseñado, que tarde ó temprano tendria que habérmelas con la nueva magestad de un pueblo rey.

Una tarde, una triste tarde reinaban el silencio y la oscuridad en el palacio de Versalles: todos sus departamentos eran una sombrìa soledad que comenzaba á poblarse de fantasmas, de recuerdos, de pesares y de terrores: la reina estaba en el Temple, ejecutando el quinto acto de su tragedia, y Luis XVI se preparaba noblemente á ecshalar el último suspiro del reinado. Paris revolucionario inunda las plazas públicas, las avenidas, el castillo y los jardines de Versalles; las puertas de la residencia real caen derribadas, y el pueblo se pone á saquear con una terrible preferencia la habitacion de la antigua reina de Francia. En un minuto, en un abrir y cerrar de ojos, en un relámpago de rabia popular, fué todo quebrado, destronado, esparcido en los salones de María Antonieta; pero yo me engaño. mi clave de Alemania estaba todavía en pié, siempre brillante, siempre radioso y dispuesto á entonar los mas bellos aires del caballero Gluck. De repente un orador de la multitud, un tribuno, dió un puntapié al instrumento de música, y el clave comenzó à gemir y quejarse; pero ah! aún le quedaba mucho por que lamentarse y llorar: manos vigorosas lo llevaron en peso hasta los bordes de una ventana..... y á pocos momentos dió en el suelo haciendo resonar una queja misteriosa, como si protestara en nombre del arte y de la poesìa, contra las profanaciones de la violencia y de la prosa.

¡Pobre piano, que salió un dia del fondo de un palacio de Viena cantando las notas mas dulces de este mundo, que fué bautizado en Francia en

un torrente de melodía, que tuvo por bautisterio un espléndido salon de Versalles, por madrina una soberana jóven y bella, y por comitiva de honor todas las hermosuras célebres, todas las gracias, todas las sonrisas, todos los talentos, todas las glorias de la corte de María Antonieta, la pobre austriaca, la pobre reina de Francia!

Yo no comprendo hoy todo ese brillo, ese ruido, ese aparato y esa magnificencia real que me rodean: ¿por qué me encuentro en esta recámara que habité y que la reconozco toda entera en sus pormenores y sus mas esquisitas maravillas? ¿Quién ha puesto en el mismo lugar que ocupaban mi corona, mis flores, mis libros, mis cuadros, el tarro de la lechera de Trianon, y hasta mi querido piano de Alemania? Todo lo estoy mirando, y sin embargo, el reinado de Versalles ha muerto: ¿qué es, pues, lo que hoy sucede en el palacio de Luis XVI y de María Antonieta?

Uno solo de los visitadores, uno solo de los huéspedes del nuevo palacio de Versalles, puede contestar á la pregunta de María Antonieta; pero no quiero nombrarlo, temiendo ser acusado de adulacion al trono, cuando no pienso mas que en hacer justicia con la historia.

Madama, podria él decir á la reina, ha habido un milagro en este palacio, y ese milagro es nada ménos que la resurreccion de Versalles. La nacion entera ha venido á llamar á la puerta de esta morada silenciosa, y el viejo reinado que dormia en este vasto sepulcro, ha despertado para salir á recibir á la magestad de la historia. La Francia, señora, es quien se ha dignado tomar vuestro lugar y el de Luis XV y el de Luis XVI: solo la Francia era bastante grande para no perderse en esta inmensidad real. En este palacio, señora, no reconocísteis en otra época mas que la gloria de una monarquía; ahora vais à conocer en él la gloria de todo el mundo, y á saludar á los grandes hombres del país, en las personas de súbditos y príncipes. Mucho tendréis que afanaros para verlos y conocerlos bien. Los muertos mas ilustres de todos los tiempos y siglos resucitarán en derredor vuestro: sí, la muerte ha consentido en volver à la vida cuanto ésta le pidió para la resurreccion de Versalles. Los primeros reyes cristianos, los grandes hombres de fierro de la edad media, los héroes, los artistas, los poetas, las mugeres del renacimiento, la corte de Luis XIV, el pueblo, una revolucion terrible y gloriosa, el imperio de un soldado feliz que ha realizado prodigios; en una palabra, toda la historia nacional, hasta el reinado del último soberano que tiene el honor de hablaros. Hé aquí, señora, el nuevo reinado que se prepara á ocupar el trono en el palacio de Luis XIV.

Hoy es solo, señora, cuando Versalles puede esclamar con noble orgullo: ¡la Francia soy yo!

LUIS LURINE.

EL BOSQUE DE BOLONIA.

Un gran número de historiadores y cronistas se ha ocupado con frecuencia en saber donde comenzó Lutecia. ¿Quién de nosotros podrá decir donde acabará Paris? Paris es un rio de piedras que tiende cada dia á salir de su alveo: vedle incesantemente arrojar olas de edificios sobre todas las playas que le rodean. Es una perpetua avenida de casas, de cuarteles, de palacios, de teatros, de iglesias, de edificios de todo género y monumentos de todas clases, que hace recordar las formidables irrupciones de las aguas irritadas, durante los cuarenta dias y las cuarenta noches del diluvio. Seria vano intento, creedmelo, con-